

Concepción

© ALEJANDRO MORALES

Los campos de mis primeros y tal vez únicos recuerdos que tengo y tendré en esta vida de mi abuela Mamá Concha estaban situados en aquel entonces en las afueras de la ciudad de Los Ángeles. La casa en que viví toda mi juventud no era grande. El terreno en que fue construida lo veía amplio y muy largo. Mis padres y especialmente mi abuelo Papá Timo quien después de que murió mi abuela vino a vivir con nosotros, le gustaba plantar jardines de vegetales, árboles de fruta, y milpitas de maíz y caña. También teníamos gallinas, chivos y unos doce o más conejos. Me gustaba seguir a mi abuelo cuando trabajaba en los jardines, cuando les daba de comer a los animales y también cuando mataba una gallina o un conejo para la cena. Era cuando yo tenía unos cuatro años que mi padre empezó a acompañar a mi abuelo a la preparación de la matanza de un animal. Empecé a darme cuenta de que mi abuelito que antes tenía la fuerza de garras de oso ahora podía menos con los animales que le luchaban para desprenderse de sus manos. Cuando una gallina o un conejo se escapaba de la guillotina que le tenía preparada mi abuelo, él se enojaba y les gritaba muchas palabras que al oír las mi papá venía corriendo a calmarlo. Mi abuelo ya era muy viejito y se la pasaba conviviendo y platicando con sus memorias. En las tardes cuando bajaba el sol, entraba la brisa y nos rodeaban unas ráfagas refrescantes, lo veía sentado debajo de uno de los membrillos y corría a él para que me contara unas historias sobre la abuela. Él lloraba mucho por ella porque decía que la extrañaba y que sin ella no podía vivir más. Eso me daba miedo porque yo no quería que se fuera mi abuelo como se fue mi abuela.

Alejandro Morales es profesor titular en el Departamento de Estudios Chicanos / Latinos en la Universidad de California, Irvine. Entre sus novelas se encuentran *Barrio on the Edge / Caras viejas y vino nuevo* (1975), *La verdad sin voz* (1979), *Reto en el paraíso* (1983), *The Brick People* (1988), *The RagDoll Plagues* (1992), *Waiting to Happen* (2001), una colección de cuentos titulada *Pequeña nación* (2005), *The Captain of All these Men of Death* y *Porciúncula*.

Alejandro Morales obtuvo la Beca Nebrija 2011 del Instituto Franklin - UAH para escribir en España.

Morales, A. "Concepción". *Camino Real. Estudios de las Hispanidades Norteamericanas*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin - UAH, 3: 5 (2011): 189-199. Print.

De lo que me acuerdo de Mamá Concha era que siempre la veía pizcando o cargando frutas y preparándolas para comer. Tenía una manera de preparar las fresas que plantaba mi abuelo. Yo le ayudaba a cosechar las fresas maduras y llenábamos una canasta para toda la familia. Me sentía tan orgulloso ayudándole a la abuela. Tanto que insistía en cargar la canasta de fresas rojas, grandes y bonitas. Por el montón de fresas que tenía ante la cara no podía ver ni adelante, ni abajo. Andaba de lado, con un ojo fijado en el camino, seguía detrás de la abuelita hasta llegar a la concina donde coloqué la canasta sobre la mesa. Me hizo lavar la manos y seleccionar las mejores fresas y eso era difícil porque todas eran preciosas. Las lavé y las puse en un tazón. La abuela se acercó a la mesa con un cuchillo, una tabla y un molcajete. Colocó unas quince fresas sobre la tabla les cortaba la colita verde, las puntitas y las partía en cuatro pedazos. Así hizo con casi todas las fresas menos las últimas quince las cuales partió en dos pedazos. Juntó el molcajete a un plato hondo muy grande. Con las dos manos recogió un montón de pedacitos de fresas y las puso en la cuenca del molcajete y con la piedra empezó a machucar las fresas y echarlas en el tazón. Terminó con todas y las que cortó en mitad las metió en la sopa de fresas. Al final les echó azúcar.

“Trae una cuchara y pruébalas.”

Las fresas machucadas sabían dulces y frescas. Luego colocó tres plátanos en medio de la tabla y los cortó en pedazos de media pulgada y los echó en el de las fresas machucadas.

“¿A ver si te gustan los plátanos?” Abrí la boca y la abuela me dio el jugo de las fresas machucadas con un pedacito de plátano nadando entre los trozos rojos.

“¡Me gustan abuela!”

Volvió con un pan redondo del tamaño de la palma de la mano en medio de un tazón chiquito. Sobre el pan sirvió un poco de la mezcla de fresas y plátano y sobre todo eso le puso crema batida.

“Mira cariño ya ves como se aprecian las fresas y toda la labor que las produce.”

Yo abrazaba a Mamá Concha y me subía en su regazo y me acurrucaba entre sus senos. Ese era mi lugar favorito, sentado en su regazo y respirando el olor de mi abuela grande. Así la recuerdo, como una mujer grande y fuerte. Yo respiraba su fuerza. Estaba seguro que Mamá Concha era una mujer poderosa porque a ella todos los de la familia le prestaban atención y le obedecían lo que ella mandara. Hasta mi abuelo consentía a los deseos de Mamá Concha. Por eso a veces se iba mi abuelo porque tenía miedo que se le enojara La Concha. Una recordanza que tengo de ella, que hasta ahora la vivo en mi sueños, es que siempre unía a Mamá Concha con los frutales que tenía en su enorme jardín. El abuelo tenía plantados árboles de granada, de guayaba, de chabacano y zapote. También

tenía dos árboles grandes de aguacate que habían crecido naturales en su terreno. A la abuela la quería tanto que aunque no me daba cuenta aprendía de las sabidurías suyas.

* * * * *

Mamá Concha llevaba los perfumes de las frutas que cosechaba y cocinaba. Si tenía guayabas el olor, que es muy fuerte se quedaba con la abuela por un largo tiempo.

“¡La guayaba es un frutón de perfume!” Me arrimó a la nariz dos manojos de guayabas.

“El perfume es una pasión muchacho.”

Escogió una guayaba grande y la limpió con el mandil. La rodeaba con la punta de sus dedos.

“Mírale la cáscara. Es un verde suave, lisa y nota el perfume que te invita a partirla así.”

La abuela partió la guayaba.

“Fíjate en el color de rosa de la carne, ligero, atrayente como el perfume, pero suave que te invita a comerle la carne blanda, despacito, no como una manzana dura que la muerdes bruscamente. Así no, hijo. La guayaba es delicada y la comes lentamente, con mucho cariño.”

Me decía eso porque las guayabas eran tan buenas que no quería que me comiera tantas porque me iba a empachar. La abuela cocinaba jaleas con las guayabas y las regalaba a toda la familia y a los vecinos.

* * * * *

Teníamos varios árboles grandes de chabacano. A Mamá Concha le gustaba sentarse en una banca debajo de su chabacano favorito. A menudo me sentaba con ella para acompañarla. Nos sentábamos juntitos. La abrazaba, la respiraba porque estaba seguro que de ella emanaba un maravilloso perfume de amor y le decía que la quería mucho. Al escuchar esto la abuela me daba una sonrisa grande que me daba tanta alegría.

“Escucha el silencio.”

Poco a poco aprendí a oír del silencio. Por la mayor parte no oía nada, me imaginaba un espacio vacío y quieto en que me quedaba dormido al lado de la abuela.

Los chabacanos eran grandes de color naranja-amarillo. La abuela recogía los chabacanos que habían madurado recientemente y llenaba una canasta con ellos. Sobre la banca colocaba la canasta entre nosotros.

“Mira éste qué bonito color. Acaba de madurar.”

Lo limpiaba con su delantal. Con los dedos gordos lo partía.

“Fíjate en el hueso, oscuro, la semilla en el centro del chabacano. Ten cuidado de no comerte el hueso. Al gozar de la fruta se nos olvida que tiene hueso que nos puede atragantar. Este huesito es la semilla, el corazón y vientre del árbol, puede crecer como uno de estos enormes árboles. Pero recuerda, también te puede dañar si no le tienes respeto al comer la fruta. Ahora fíjate en el color de la carne.”

La carne de adentro del chabacano era casi igual al color de la cascara. La abuela levantaba la fruta a mi boca para que la probara. Se sonreía al ver la sorpresa en mi cara.

“Es muy dulce Mamá Concha.”

“¡Por supuesto! Mamá Concha sólo escoge los mejores para su bonito muchachito.”

El chabacano no tenía la fragancia tan fuerte como la guayaba pero para mi era más dulce.

Me sentía muy cómodo a sus pies, junto a sus piernas o agarrado del vestido negro. No sabía porqué siempre llevaba vestidos negros. A sus pies debajo de su chabacano favorito, miraba y oía a los pájaros, al perro, al gato, a las muchas gallinas, gallos y algunos chivos. También podía ver las jaulas de los conejos desde donde estábamos. Sentía que todos la querían mucho porque los vecinos venían a visitarla y los parientes que vivían muy lejos también la visitaban y se sentaban con ella en la banca. Yo a los pies de la abuela miraba a los vecinos y parientes que parecía que a veces se reían y que de vez en cuando lloraban con ella.

En las mañanas, para el desayuno, Mamá Concha me daba jalea de chabacano con pan tostado. Ella creía que esa jalea era más fácil para desparramar en el pan tostado. Pero me gustaba más la jalea que tenía pedazos de fruta. Esa era la más sabrosa y no le importaba si tiraba los pedazos en la mesa o en el piso.

* * * * *

“Este terreno es nuestro lugar en el mundo. Tomamos solo lo que necesitamos. No hay que pedir más que nuestra porción del mundo.”

En nuestro terreno había otros árboles que daban fruta pero que no me gustaban tanto como las otras. Mamá Concha sabía cuales frutas me gustaban pero me hacía probar de todas las que teníamos. Una de esas frutas era el zapote que se daba en unos árboles gigantes. Esos árboles eran los más grandes en la propiedad de mis padres. Algunos de los árboles se habían plantado años y años antes que mis padres compraran

el terreno. La abuela me explicaba que los árboles, los jardines, y el trabajo que la familia hacía para ayudar a la gente, todo ese esfuerzo hacía nuestro terreno sagrado.

“Es antiguo, este lugar, es antiguo. Es nuestra parte del mundo, nuestra porción de tierra para servir a Dios.”

El zapote es de cáscara verde con carne blanca como nieve. No creo que la abuela haya conocido la nieve verdadera pero sí la veía en los meses de invierno cuando las montañas lejanas se cubrían de blanco, de nieve que de un día a otro aparecía cuando me despertaba muy temprano. Por las mañanas siempre iba a buscar a la abuela en la cocina porque le gustaba preparar el café para el abuelo y papá y mamá. En esos primeros días de invierno, Mamá Concha me cogía en sus brazos y salíamos afuera y apuntaba hacia las montañas.

“Mira la nieve, blanca, blanca en las montañas. Ha de estar muy limpia, fría y bonita.”

Yo tanto que quería conocer la nieve, tocarla y sentirla con las manos. Era Mamá Concha quien me la indicó por primera vez. Cargándome contra su pecho me dibujó en la distancia la nieve sobre las montañas. El zapote era el invierno.

En la concina calentita la abuela estaba comiendo una jalea dulce de zapote y de nueces la cual a mí me gustaba muy poco.

“Come un poquito más de la jalea, muchacho. Aprende a apreciar todo lo que Dios nos da, m’ijo.” A los abuelos les gustaba mucho la jalea de zapote. La repartían a todos los vecinos, abuelos de Simons, porque creo que eran los únicos que podían comer ese dulce. Es que el zapote era la única fruta que le tenía miedo.

Una vez, tres amigas de Mamá Concha vinieron a recoger unas canastas de zapotes que la abuela les había apartado. Las mujeres se sentaron en la mesa de la concina, donde yo estaba dándole mordiditas al pan con jalea de zapote. Mamá Concha les sirvió café y también pan y jalea de zapote. Las amigas comenzaron a comer y hablar de cómo iban a usar el zapote.

“Nosotras no nos ponemos a hacer jaleas como tú, Concha.”

“Sí, hermanas, Concha hace jaleas de todas las frutas.”

Todas se rieron mucho.

“Tú sabes lo que hacemos con los zapotes que nos das. Preparamos un untamiento para la piel que ayuda a quitar las manchas y para infecciones. Y otro para el dolor de los muslos y los huesos.”

“Ayuda mucho con el reumatismo,” dijo otra amiga.

“Sabes que vamos a mandar a nuestros nietos a recoger más para cuando empecemos a usar la semilla. Queremos todo lo que quieras darnos.”

“Si quieren llévenselos todos. Recojan los que están en el suelo y luego pueden pisar los de arriba, pero tengan mucho cuidado que el árbol es enorme. Y vengán pronto porque los caídos empezarán a podrirse.”

“Gracias Concha,” dijo la amiga más vieja. “En esta semana empezamos con el soporífero y el tranquilizante que hacemos todos los años. Vamos a producir más que el año pasado porque lo vendimos todo antes de que terminara el año.”

“Debemos de quimicar más tranquilizante porque ayuda mucho a calmar al que sufre de ataques de nervios o a los niños fastidiosos y para los insomnes.”

“Pero tengan mucho cuidado porque las semillas pueden ser venenosas. Dependiendo de cómo las preparen.” Mamá Concha les advirtió.

“No tengas cuidado, Concha, sabemos muy bien cómo preparar estos medicamentos, también el veneno. Es bueno para matar ratas, topes y animales más grandes. No tengas cuidado, Concha. Nosotras te agradecemos el uso de esa fruta. . .”

“Gracias a ustedes que usan todo el zapote porque cuando se pudre es un atascadero y mosquero que se hace. Por esa razón Eutimio quiere tumbar esos árboles. No lo dejaré. Después de que me muera puede hacer lo que le dé la gana con todo esto.”

Mamá Concha se fijó en mí porque yo tenía cara de asustado. Al oír que las semillas eran venenosas y que ella iba a morir ya no quería comer más la jalea de zapote.

“No, muchacho, no me voy a morir mañana.”

“Sí, hijo, tu abuela vivirá por muchos años.”

La amiga vieja se levantó.

“Concha ya nos tenemos que ir. Vamos a ver a Lidia, tu vecina. La que vive en la última casa de la calle. Tiene un tío que sufre de insomnio. Nos avisó que pasáramos por allí esta tarde.”

Salieron las amigas de la abuela y la concina se quedó en silencio y yo todavía sentado a la mesa con medio pan con jalea en la mano. La abuela me hizo un té caliente.

“Tómame ésto, te va a calmar.”

Yo no lo quería.

“No es el té de las amigas,” me aseguró Mamá Concha con una sonrisita.

Más tarde salí a ver al zapote que ahora me parecía un árbol misterioso. Me paré debajo del inmenso árbol que me retaba treparme, subir a lo más alto. Pero las ramas más bajas no las podía alcanzar.

* * * * *

Los árboles de granada estaban al fondo de la propiedad. No era lejos, pero Mamá Concha se tomaba su tiempo para llegar. Ella traía una canasta y yo le llevaba

una silla de madera. Era difícil cargarla porque yo estaba apenas un poco más alto que la silla. A veces la arrastraba, la cargaba contra el pecho, en la espalda y en la cabeza como una corona. Los árboles de granada no eran grandes. Había unos seis que daban un montón de fruta. La abuela apuntaba al árbol donde quería que pusiera la silla. La colocaba y ella se sentaba.

“Llena la canasta, muchacho. Que sean más grandes que las manzanas. Fíjate en la cáscara que esté estrecha como si fuera piel seca de animal.”

Yo no le entendía exactamente pero tocaba las granadas y le preguntaba.

“¿Está bonita? ¿La corto?”

No creo que la abuela alcanzara a ver la granada que le enseñaba pero siempre contestaba.

“Sí, sí. Fíjate que tengan bigotitos en la colita.”

Me gustaba el color rojo, el color de rosa de la cáscara, muchas tenían los dos colores. No era fácil cortarlas. Jalaba y le daba vuelta a la fruta hasta que se desprendía de la rama. De vez en cuando quebraba la rama y me caía al suelo con ella.

“Ay Dios mío, ten cuidado con ése árbol.”

Me sentaba a su lado para ver cual granada sacaba de la canasta. La abuela levantaba una, la miraba, la sobaba y concentraba toda la fuerza de los dedos sumiéndoselos en la colita y rotaba las manos en dirección opuesta hasta que partía la granada con un ruido de disparo pequeñito. Me quedaba con los ojos sorprendidos pensando qué fuerte era la abuela. Trataba de hacer lo mismo pero las manos se me cansaban por el esfuerzo que hacía para quebrar la cáscara con los dedos.

Una tarde fuimos la abuela y yo a pisar granadas para cocinar un jarabe, algo de jalea y jugo. Esta vez no me hizo traer una silla pero llevé una cobija vieja. Llenamos dos bolsas grandes y nos sentamos a comer granada. Las partió con los dedos y me dio la mitad.

“Mira no más qué bien organizado está el interior de la granada. Tantas paredes delgaditas de piel blanca que forman como bolsitas de semillas rojas, de rubíes llenas de jugo rojo.”

La abuela volvió a partir el pedazo que me había dado.

“Ahora puedes comer rubí por rubí o darle una mordida para comer cien rubíes dulces a la vez.”

Primero empecé a separar los rubíes hasta tener un montoncito que me comía uno por uno. Comerlos a mordidas causó que manchara de rojo la frente de la camiseta blanca que llevaba. La abuela se dio cuenta de cómo había chorreado la camiseta y se rió.

“¡Te has pintado un babero!” La abuela se reía gozosamente a carcajadas abiertas. Nunca antes la había visto reírse tan fuerte que le sacudía el cuerpo. Esa risa la sentía en mi corazón, en mi cuerpo completo. Me quedé fijo en la camiseta y mis manos que estaban cubiertas de rojo. Levanté la cabeza a escuchar más risas y comencé a compartir el gozo con ella. Estaba contenta y me hizo sentir la felicidad que ella sentía. Extendió un brazo y noté como le colgaba la gordura. En esos días la abuela había empezado a hincharse mucho en los brazos, las piernas y la cintura. Mientras veía a la abuela toda hinchada, mi madre se aproximó corriendo.

“¿Qué te pasó? ¿Cómo te cortaste?”

Entonces, mi mamá paró de repente porque se dio cuenta de que no era sangre sino el jugo de los rubíes rojos de las granadas que comíamos.

Me jaló del brazo y casi arrastrándome me llevaba.

“¡Concha, mira cómo está este muchacho!”

“Cálmate, Juanita. No es culpa del bonito consentido. Déjamelos.”

“¡Usted debe estar descansando! ¡No comiendo granadas!”

“Te equivocas, Juanita. Con el tiempo que me queda quiero pasar estos momentos con mis nietos”

Mi mamá me llevó a la tina a bañarme.

* * * * *

La próxima vez que vi a Mamá Concha estaba debajo de una fuente de luz blanca y brillante que caía en un árbol. No podía ver de dónde venía pero era de muy alto. Ella llevaba un vestido bonito, fino y negro pero cubierto de un diseño muy juntado de florecitas blancas. Un collar de oro le brillaba en su cuello grueso. Me fijé que me miraba detrás de unas ramas de flores blancas que hacían corona en su cabeza y bailaban ante su cara y sonrisa. Mi Mamá Concha se veía muy bonita debajo de esa lluvia de luz y flores de nieve. Rayos de esplendor descendían del cielo a coronar a la abuela como una reina. Ella era un ángel, era mi reina de los ángeles del cielo. Caminé hacia ella. No podía verle toda la cara pero sabía que era la abuela debajo de ese árbol de cataratas de flores blancas y luz brillante que creaban un velo transparente que la protegía pero que yo no podía atravesar en ese momento. Estoy seguro que ella me miró caminar hacia ella. Con la mano partió el velo de flores blancas y luz radiante. En esa luz cálida y cariñosa en donde caían flotando y bailando millones de flores, pétalos y hojas cenizas como el color de su cabello, allí alcancé a Mamá Concha para que me abrazara y me besara. Reíamos en medio de una fiesta de blancura transparente y luz intensa y viva que nos cobijaba debajo del árbol.

* * * * *

Pasaron semanas y meses. Poco a poco noté que Mamá Concha no salía tanto como antes. Yo la esperaba sentado en la banquita debajo del chabacano más cercano a la casa, pero no salía a comer o a hablar de las frutas y los árboles. Mamá me explicaba que la abuela descansaba. Me quedaba pensando en porqué necesitaba tanto descanso. Un día volviendo de la escuela vi que estaban dos carros parqueados en frente de la casa. Fui y me senté en el escalón en el porchecito que daba a la calle de tierra. Oía a mamá hablar con unas personas que hablaban inglés y con las vecinas. Mamá se hacía entender en inglés no como papá que apenas podía decir gracias o buenos días. Oía pero no entendía todo lo que platicaba de Mamá Concha. Me puse de pie y me alejé de la puerta porque salía la visita. Reconocí al doctor Walland y a la enfermera que trabajaba en su oficina. Ellos me saludaron y se fueron en sus carros. Por primera vez pensé que algo no estaba bien con la abuela.

Después de la visita del doctor Walland, quien también era mi doctor, mis tíos llevaron a la abuela a verlo y luego la llevaron al hospital y se quedó allí cuatro días. Cuando volvió a casa le pidió a mi mamá que la dejara salir a sentarse debajo del chabacano que estaba muy cerca de la casa. Mamá Concha quería que el sol le calentara el cuerpo. Qué alegre estábamos todos al saber que ella gozaba tanto de estar afuera y no en la cama. Antes de ir a la escuela pasaba a su cuarto para despedirme de ella pero siempre la encontraba en la cocina con el abuelo. Ellos platicaban muy bajito. Hacía mucho tiempo que no los había visto juntos. Esta vez los dos me abrazaron y me dieron la bendición. Esa mañana corrí a la escuela y vi cómo todos los árboles ya no eran tan grandes. En uno o dos años podría alcanzar las ramas más bajas.

En esos días Mamá Concha luchaba para levantarse para estar afuera con los árboles y conmigo. Se quedaba sentada debajo del chabacano por una hora y media. Yo la cuidaba. Estaba listo para correr a avisarle a mamá si la abuela no se sentía bien. Hablábamos del tiempo, el cielo, el sol, las nubes, el viento que siempre pasaba a acariciarnos en las tardes. Me gustaba cuando la abuela de repente levantaba la mano.

“Silencio. ¡Escucha eso!”

Me metía debajo de sus grandes brazos, que decía mamá que estaban muy hinchados, y hacía un enorme esfuerzo para quedarme quieto y poder oír todos los sonidos posibles que habitaban el espacio que compartíamos la abuela y yo. Nos quedábamos así por un largo rato, sin mover ni una pestaña, hasta que oía el latir de su corazón y estoy seguro que ella oía el mío. Nuestros corazones se unían y sabía que ella tomaba de mi energía y ánimo para vivir.

“Juanita, los niños son las fuentes de la energía y del poder para la familia.”

En sus brazos comprendí lo que quería decirle a mi mamá. Retiré la cabeza de sus pechos y por primera vez le vi lágrimas que le brotaban entre las pestañas. Ella de repente me abrazó contra su cuerpo. Intentaba ocultar sus sollozos. Entendí lo que no quería aceptar que Mamá Concha estaba enferma y que necesitaba mi ayuda, que necesitaba de mi fuente de energía, poder y ánimo para vivir.

En las mañanas iba a su cuarto para saludarla pero las vecinas no me dejaban entrar porque todavía dormía la abuela. Volví a buscarla después de la escuela. A veces salía, pero ya no caminaba entre los árboles, ni al chabacano favorito. En una silla de ruedas, que trajo el doctor Walland, mamá empezó a llevarla al chabacano. Una tarde mamá me permitió llevarla afuera pero pasaron apenas veinte minutos antes de que se cansara y me pidió volver a la casa.

“Mamá Concha, mañana después de la escuela la llevo a visitar todos los árboles, los jardines y las huertas que plantó el abuelo.”

“A ver si puedo consentido. Dile a tu mamá. Te espero mañana en la tarde.”

La empujé para dentro sobre la rampa que construyeron mi papá y el abuelo. La abuela no era tan pesada como me imaginaba. Al detener la puerta abierta mamá había escuchado mi plan de pasear a la abuela a visitar los árboles.

“Veremos cómo sigue Mamá Concha. Si se siente bien, la puedes llevar al árbol que le sigue al chabacano.”

“Sí, uno por uno. No estoy segura que soporte el viaje de visita por todos los árboles.”

Mamá Concha se reía.

Mamá llevó a Mamá Concha a su cuarto. Cuando yo salía de la casa entraron las vecinas, las amigas de la abuela. Me detuve para que no me vieran. Entraron sin saludar y se fueron directamente al cuarto de la abuela.

“¡Juanita, estamos aquí para ayudar a limpiar a Concha!” Anunció en voz alta una de las amigas.

¡Traemos algo para el dolor!” Gritó la amiga vieja.

Pasó toda una semana de descanso antes de que la abuela pudiera salir conmigo a ver los árboles y las milpas del abuelo. El abuelo pasó toda la mañana limpiando el caminito que tomábamos la abuela y yo. Esta vez el abuelo nos acompañó y también empujó la silla. Me sentía feliz y orgulloso de caminar con Mamá Concha y Papá Timo y estoy seguro que gozaron mucho de esa tarde entre los árboles de granada los más lejos de la casa. Llegamos fácilmente a los granados porque Papá Timo había limpiado y aplanado el caminito que circulaba por todo el terreno. Al terminar el paseo, dejamos a

Mamá Concha con mamá quien la llevó a su cuarto con la ayuda de unas vecinas. Antes de entrar me dio un beso y la bendición. La vi entrar y desde adentro levantó la mano y haciendo los dedos bailar me señaló adiós.

* * * * *

Pasaron tres semanas sin poder visitarla. Mamá no me dejaba entrar. Siempre era un mal momento. Ahora el abuelo entraba a verla constantemente. Mis hermanos y hermanas vinieron a verla. Los tíos y las tías visitaban y muchos salían llorando. El doctor Walland venía cada tres días y la enfermera venía cuando el doctor no visitaba. Ese doctor era muy bueno. Era el único que visitaba a la gente del barrio. El doctor y la enfermera hablaban mucho con mamá. Le daban instrucciones de cómo darle la medicina y cómo detener un poco la hemorragia.

Una mañana que estaba mamá con dos vecinas en el cuarto de Mamá Concha, una de las vecinas salió a la concina y dejó la puerta abierta. No se dieron cuenta que había entrado en el cuarto y que me coloqué en un rincón desde donde podía ver lo que le hacían a la abuela. Mamá Concha estaba boca arriba, su cara volteada en dirección opuesta a la mía. Con rapidez, mamá sacaba trapos largos de entre las piernas abiertas de la abuela y los ponía en un bote. Los trapos eran blancos y calientes, se les miraba el vapor, pero estaban empapados de un rojo oscuro como el color del jugo de los rubies reventados de una granada partida.